

# A PESAR DE TODO

"No me gustaría salir de nuevo del país con el doctor Barrios, a enterrar nuestros viejos huesos en tierra extraña"

(Luis Beltrán Prieto)

La crisis política ha sido el tema obligado del mes de junio. La renuncia de un hombre honesto al cargo de Contralor ha desbordado el malestar existente. El significado para la moralidad institucional, las circunstancias de la renuncia, el empecinamiento del gobierno. . .

Gracias a la libertad de que gozamos en Venezuela podemos hablar y escribir de todas las limitaciones, fallas y hasta inmoralidades del sistema y del gobierno. Incluso es una obligación hacerlo con ánimo de construir una Venezuela humana para todos. Pero una cosa es indudable: el deterioro real y la erosión subjetiva crean a la larga un clima que insensiblemente predispone a una fácil aceptación de aventuras políticas que aborten el proceso democrático. Aquí lo que hace falta es. . .

Es cierto que un clima de crisis y pesimismo no basta para instaurar una dictadura. Y afortunadamente nuestras Fuerzas Armadas han demostrado una actitud ejemplar. Pero no es menos cierto que los venezolanos somos poco propensos a una justa valoración de lo que tenemos. Incluso a veces sobresale una tendencia nacional a infravalorar lo propio. En estas condiciones hay quienes tienden a desear un militar que ponga fin a "tanta corrupción". Y se olvidan de la corrupción y atropellos de nuestra última dictadura. Y dejan de ver que no podemos importar dictaduras moralizadoras de los corrompidos regímenes que imperan en tantos países del sur. Corrompidos no sólo en el uso de los recursos económicos, sino marcados por el atropello y desprecio profundo del hombre. ¿Qué podemos importar de la dictadura del Paraguay que vende medio país al Brasil, convierte el territorio nacional en campo de experimentación de la CIA y para perpetuar a su Presidente en el poder cambia la constitución a su capricho, calumnia, persigue y tortura? - ¿Será que las torturas de Uruguay, los fríos asesinatos de Bolivia, el cinismo antihumano entronizado en Chile pueden brindarnos lo que necesitamos en Venezuela? Y podríamos seguir la lista. Pero no. Es mejor decir lo que somos antes de insistir en lo que no queremos ser. Hoy Venezuela a corto plazo es tal vez la única esperanza de una política de cierta independencia latinoamericana. Gozamos de un estado de derecho y de libertades de contenido restringido pero preciosas libertades de los que se usa e incluso se abusa. Los errores no siempre se corrigen pero se pueden señalar y repudiar.

Hoy a ningún partido político con más de 10.000 adherentes le conviene la dictadura. Esta tampoco favorece a los diversos grupos sociales del país, excepto a algunas minorías privilegiadas que aspiran al dominio hegemónico. Sin embargo para los enemigos de la democracia en América Latina Venezuela es una presa ansiada. Por su significado geopolítico, por el valor estratégico de sus recursos naturales, por la importancia política continental de sus recursos económicos e incluso por sus opciones políticas. Nadie puede ser tan ingenuo que piense en la inactividad de estos intereses.

Por eso es indispensable barajar nuestras divergencias y deficiencias dentro de una alta valoración de lo que tenemos, de esta Venezuela, de esta democracia, de este partido de gobierno y de este gobierno. No se trata sólo de defender la Venezuela ideal, sino de aferrarse decididamente a esta Venezuela real desde la cual es posible trabajar con esperanza de futuro. Si la jugamos y perdemos en una noche de borrachera irresponsable no habrá en América espacio ni para lamentar.

Este es el reto del gobierno, de la oposición y de todas las formas de opinión pública. Y ante todo del gobierno. El que amplios sectores lo prefiramos a pesar de todo no puede significar carta blanca a la irresponsabilidad. La abundancia económica, la mayoría parlamentaria y el respaldo de los demócratas confieren a este gobierno un margen altísimo de impunidad. A él le corresponde renunciar al abuso y mantener la confianza del país. Para Venezuela y para el Continente entero defendamos la democracia venezolana. A pesar de todo.

# EN EL BICENTENARIO DE ESTADOS UNIDOS

*Estados Unidos nació con la conciencia de pueblo elegido. Dios se hizo "peregrino" en el "Mayflower" con aquel puñado de puritanos que querían hacer de Nueva Inglaterra una tierra mesiánica. Dios brindaba la fértil tierra virgen y animaba el espíritu de aquellos hombres que pronto conocerían el goce del trabajo creador y expansivo. Los protestantes de Virginia, los holandeses de Manhattan, los católicos de Mary-*

*"Cuando pienso en lo que ha producido este hecho original, me parece ver todo el destino de Norteamérica encerrado en el primer puritano que llegó a sus orillas, como a toda la raza humana en el primer hombre".*

(Tocqueville)

*land, los cuáqueros de Pennsylvania todos venían huyendo de la penuria y la persecución, dispuestos a sacar de su trabajo y su fe una tierra de paz y prosperidad para los elegidos de Dios.*

*El Dios de los españoles tenía su sede en España. Desde allá envió misioneros de cruz y espada para conquistar almas, tierras y minas. América del Norte (La América exclusivamente blanca) nació con un proyecto propio cuyo centro*

creador estaba en sí mismo. América Latina con sus habitantes nativos sometidos, conquistadores y colonos nació como expresión de un proyecto ajeno cuyo centro estaba en la Metrópoli.

Democrática y participativa hacia dentro, la vida de los colonos norteamericanos era discriminadora para el no elegido y exterminadora para el indio. La expansión de los elegidos era retroceso para los réprobos, para los que estaban en la periferia. El espíritu de trabajo e iniciativa, el extraordinario vigor expansivo, el trabajo dominador de la naturaleza hecho placer y triunfo marcaron el camino de la naciente América de agricultores y comerciantes. Las trece colonias recogidas en la costa del Atlántico iniciaron en los albores mismos de su independencia el proceso de expansión y de producción febril; de conquista y de compra de nuevas tierras; de protección y de exterminio de nuevos pueblos; de discriminación social y de asimilación indiscriminada de decenas de millones de inmigrantes. Unó a uno fueron naciendo los nuevos estados hasta completar la actual cincuentena con 215 millones de habitantes extendidos en 9 millones de kilómetros cuadrados. Hace dos siglos eran 3 millones en medio millón de kilómetros cuadrados.

Sus carretas y trenes atravesaron ávidos de trabajo y riqueza el Oeste Medio y el Lejano Oeste mientras que las compras y conquistas hacían suyas todas las tierras encerradas entre el golfo de México, el Pacífico, el Atlántico, la mutilada México y la defendida Canadá. Ante su avance el cazador indio se sometía al despojo y al pacífico y sumiso vegetal de la derrota y la discriminación. Y cuando el territorio circundante resultó estrecho para el espíritu yankee, creador, mesiánico y emprendedor, el Caribe, el Pacífico, la América Latina, Oceanía, Asia y Europa se vislumbraron como lógica expansión. Liberando y dominando pueblos (Cuba, Puerto Rico, Filipinas...) casi sin querer, con la naturalidad impuesta por su energía y sus intereses se hizo dueña de toda América, árbitro del Pacífico y vencedora de la primera guerra mundial. De ahí surgió como primera potencia, como imperio en ascenso, fruto de una simple acción en defensa del "comercio, industria y economía de nuestro pueblo" como dijera el presidente McKinley. Su convicción mesiánica y su riqueza intacta e indivisa lo llevó casi sin pretenderlo a señor y árbitro del mundo. Estaban convencidos de que "esta raza nuestra de energías sin paralelo, con toda la majestad de las cifras y el poder de la riqueza que la secundan, representa —confiemos en que así sea— la libertad más amplia, el cristianismo más prístino y la más alta civilización; avanzará sobre Méjico para luego descender a América Central y del Sur hasta las islas más remotas en los océanos". Esta convicción expresada en 1885 por el reverendo Josiah Strong es hoy realidad como expansión y dominio. Pero mal podemos afirmar que las transnacionales, las intervenciones militares, los sobornos, las truculencias criminales de la CIA, el "american way of life" signifiquen para los numerosos pueblos sometidos al imperio del dólar "la libertad más amplia, el cristianismo más prístino y la más alta civilización". Concuerta más con nuestra experiencia la intuición del Libertador de que los Estados Unidos "parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad".

En el éxito ha estado el fracaso. El vigor dominador de la naturaleza ha tratado como naturaleza dominable a los otros pueblos. Mientras se expandía el proyecto norteamericano retrocedían los otros pueblos en su intento de definición propia desde dentro. La libertad y prosperidad de los americanos animados por el interés del capital se convertían en despojo y subdesarrollo para los otros pueblos. Los pueblos no pueden crecer como pueblos libres sino animados por un proyecto propio que apele a su esfuerzo creador. El esfuer-

zo creador impuesto por otro pueblo se convierte en esclavitud. Es la tragedia humana encerrada en todo éxito de los poderosos, la de crecer a cuenta de la opresión ajena.

El bicentenario de la triunfante nación norteamericana llega en el preciso momento en que los más lúcidos de sus hombres se debaten en la contradicción del éxito y del fracaso de EE.UU. Se puede aplicar lo que dijo Tocqueville refiriéndose al espíritu emprendedor de los habitantes de Ohio que avanzaban sobre las fértiles praderas de Illinois. "Esos hombres dejaron su primera patria; para estar bien; dejan la segunda para estar mejor aún y casi por todas partes encuentran la fortuna, pero no la felicidad". Las transnacionales han dominado el mundo. Pero el dominador puede dar a los dominados todo menos libertad y capacidad de despertar las energías en torno a un proyecto de autorrealización. Sólo el pueblo libera al pueblo; sólo los pueblos oprimidos, colonizados y subdesarrollados pueden protagonizar su propia liberación. EE.UU. mira con cierta sorpresa el fracaso de su éxito: su población indígena, los negros, los chicanos, los portorriqueños. Y más allá de sus fronteras Cuba y América Latina, Vietnam y el Asia toda, más reciente el Africa naciente. Sólo el pueblo libera al pueblo. El capital dominador ofrece sacrificios humanos en el altar del dólar.

Ojalá este bicentenario de la Nación más poderosa, admirable por tantos capítulos, ayude a encontrar y aceptar los límites del desarrollo tecnológico y de la superioridad impuestos desde fuera a los pueblos. La grandeza moral del pueblo norteamericano tantas veces expresada en la historia puede descubrir hoy que su misión es permitir que otros pueblos sean ellos mismos, se desarrollen con su propia identidad y sean interlocutores en pie de igualdad. Una nueva meditación en profundidad de las palabras biseculares de Thomas Jefferson en la Declaración de la Independencia llevaría a la misma conclusión: "Sostenemos —dice la declaración— como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su creador ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, la libertad y la consecución de la felicidad; que para garantizar esos derechos los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tiende a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o a abolirla, a instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad".

La campana  
que hace dos siglos  
proclamó  
la Declaración  
de la  
Independencia  
de los  
Estados Unidos  
de  
Norteamérica

